

I. WALLERSTEIN

IMMANUEL WALLERSTEIN

# GEOPOLÍTICA y GEOCULTURA

*Ensayos sobre el moderno sistema mundial*

GEOPOLÍTICA  
Y GEOCULTURA

Kairós

K  
airós

El presente libro ofrece la perspectiva de uno de los pensadores más originales y controvertidos de los últimos tiempos (padre de la noción de “sistema mundial”) sobre los eventos que llevaron a la caída del Muro de Berlín y a la posterior configuración del mundo.

Wallerstein argumenta que el colapso del Telón de Acero desveló, por un lado, el declive de la hegemonía de Estados Unidos en el sistema mundial; y, por el otro, que la caída del imperio comunista y el proyecto de construcción europea no pueden entenderse sin referirse al declive estadounidense en los ritmos cíclicos de la economía mundial capitalista.

El autor arguye que desde 1968 ha habido un rechazo a las ideas universalistas del liberalismo mediante un hincapié intelectual en la “cultura” (en lugar de en la economía y la política); una preocupación por la existencia del racismo y del sexism en el sistema; y una nueva relación entre las ciencias y las humanidades.

*Geopolítica y geocultura* es un libro imprescindible tanto para sociólogos como para el público general sobre una apasionante variedad de temas de candente actualidad: las identidades nacionales, la tensión entre lo local y lo universal, el sentido de “civilización”, el capitalismo y el moderno sistema mundial, la formación europea o el papel de las ideologías.

Immanuel Wallerstein ha sido profesor visitante en diferentes universidades del mundo y premiado con múltiples títulos honoríficos. Ha sido presidente de la Asociación Sociológica Internacional y director de estudios asociados en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. En la actualidad es presidente de la Comisión Gulbenkian para la restauración de las ciencias sociales, encargada de una reflexión sobre el presente y el posible futuro de las ciencias sociales. Es autor de numerosos libros y artículos.

ISBN: 978-84-7245-637-2



9 788472 456372

Ensayo

Immanuel Wallerstein

# GEOPOLÍTICA Y GEOCULTURA

Ensayos sobre el moderno  
sistema mundial

Traducción de Eugenia Vázquez Nacarino



editorial **K**airós

Numancia, 117-121  
08029 Barcelona  
[www.editorialkairos.com](http://www.editorialkairos.com)

**000156**

# SUMARIO

<i>Agradecimientos</i> .....	7
Introducción: las lecciones de los ochenta .....	9
<b>Parte I. GEOPOLÍTICA: POST-NORTEAMÉRICA</b>	
1. El atlantismo en declive .....	31
2. La no revolución Reagan, o las opciones limitadas de Estados Unidos .....	40
3. Japón y la trayectoria futura del sistema mundial: ¿lecciones de la historia? .....	54
4. La unidad europea y sus repercusiones en el sistema interestatal .....	72
5. 1968, revolución del sistema mundial .....	94
6. Marx, marxismo-leninismo y experiencias socialistas en el sistema mundial moderno .....	120
7. El Informe Brandt .....	139
8. Tipología de crisis del sistema mundial .....	146
9. La economía mundial capitalista: perspectivas a medio plazo .....	171
<b>Parte II. GEOCULTURA: LA OTRA CARA DE LA GEOPOLÍTICA</b>	
10. Identidades nacionales y mundiales, y el sistema interestatal .....	193
11. La cultura como el terreno de batalla ideológica del sistema mundial moderno .....	218

Título original: GEOPOLITICS AND GEOCULTURE

© Cambridge University Press, 1991

© de la edición en castellano:  
2007 by Editorial Kairos, S.A.

Primera edición: Febrero 2007  
I.S.B.N.: 978-84-7245-637-2 ✓  
Depósito legal: B-53.401/2006

Fotocomposición: Beluga & Mleka, Córcega, 267, 4º 1<sup>a</sup>, 08008, Barcelona.  
Impresión y encuadernación: Romanjà-Valls. Verdaguer, 1. 08786 Capellades.

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos, salvo de breves extractos a efectos de reseña, sin la autorización previa y por escrito del editor o el propietario del copyright.

## AGRADECIMIENTOS

12. Lo nacional y lo universal:  
    ¿puede existir algo semejante  
    a una cultura mundial? ..... 255
13. ¿A qué se alude cuando se habla de  
    “cultura del Sur”? ..... 276
14. El sistema mundial moderno  
    como civilización ..... 297
15. ¿Un interés renovado por  
    la(s) civilización(es)? ..... 319
- Índice ..... 329
- Deseo expresar mi gratitud a los editores originales por su amable colaboración al conceder el permiso para la presente publicación.
1. *SAIS Review*, núm. 4, verano 1992.
  2. *Millenium: Journal of International Studies*, vol. XVI,  
    núm. 3, invierno 1987.
  3. W. E. Hanreider (ed.), *Global Peace and Security* (Boulder, Colorado: Westview Press, 1987).
  4. Bjorn Hettne (ed.), *Europe: Dimensions of Peace* (London: Zed Books, 1988).
  5. *Theory and Society*, vol. XVIII, núm. 2, primavera 1989.
  6. *Thesis Eleven*, núm. 27, 1990.
  7. *Towards One World? International Responses to the Brandt Report* (Londres: Temple Smith, 1981).
  8. *Review*, vol. II, núm. 4, otoño 1988 (Fernand Braudel Center).
  9. *Alternatives*, vol. XIV, núm. 3, julio 1989.
  10. *Millenium: Journal of International Studies*, vol. XIV,  
    núm. 2, verano 1985.
  11. *Hitotsubashi Journal of Social Studies*, vol. XXI, núm. 1,  
    agosto 1989.
  12. A.D. King (ed.), *Culture, Globalization and the World-System* (Londres: Macmillan, 1991).
  13. Numan V. Bartley (ed.) *The Evolution of Southern Culture* (Athens, Georgia: University of Georgia Press, 1988).
  14. *Development: Seeds of Change*, núm. 1 y 2, 1986.
  15. *Thesis XI*, núm. 25, 1990.

## 5. 1968, REVOLUCIÓN DEL SISTEMA MUNDIAL

### Orígenes

*Tesis 2: La protesta fundamental de 1968 se dirigió contra la hegemonía estadounidense en el sistema mundial (y contra la conformidad soviética ante tal hegemonía)*

En 1968 el mundo todavía se hallaba inmerso en lo que en Francia se acabó denominando “los treinta años gloriosos”, el período de increíble expansión de la economía global capitalista que sucedió a la Segunda Guerra Mundial. O tal vez sea más preciso decir que 1968 sucedió inmediatamente al primer indicio significativo que atestiguaba el comienzo de un estancamiento prolongado de la economía mundial, esto es, a las serias dificultades que atravesó el dólar en 1967 (dificultades que desde entonces no han cesado en ningún momento).

En el período comprendido entre 1945 y 1967, se había puesto de manifiesto la hegemonía incuestionable de Estados Unidos en el orden mundial, la cual se fundamentaba en su inegable superioridad de la eficiencia productiva en todos los ámbitos durante los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos tradujo esa ventaja económica en un dominio político y cultural de alcance mundial, gracias al emprendimiento de cuatro iniciativas políticas fundamentales en el período posterior a 1945. Construyó alrededor de él un “sistema de alianzas” con Europa occidental (y Japón), caracterizado por el liderazgo del “mundo libre”, al tiempo que invirtió en la reconstrucción económica de estas áreas (Plan Marshall, etc.). Estados Unidos deseaba garantizar el papel de Europa occidental y Japón como grandes clientes económicos, y asegurar así su estabilidad política interna y el clientelismo político internacional.

En segundo lugar, Estados Unidos entró en una estilizada relación de guerra fría con la URSS, la cual se basaba en reservarle a los soviéticos una zona de dominación política reducida

*Tesis 1: 1968 fue una revolución del sistema mundial y en el seno del sistema mundial*

La revolución de 1968 fue una revolución; fue una revolución individual. Viene marcada por las manifestaciones, el desorden y la violencia que se extendieron por muchas partes del mundo durante un período de, cuando menos, tres años. Sus orígenes, consecuencias y lecciones no pueden analizarse correctamente apelando a las circunstancias particulares a que apuntan los indicios locales de este fenómeno global, si bien buena parte de los factores locales condicionaron los detalles de las luchas políticas y sociales que se desencadenaron en cada lugar.

Como acontecimiento, no hay duda de que 1968 ha concluido hace mucho tiempo. Sin embargo, se trata de uno de los grandes sucesos formativos de la historia de nuestro sistema mundial moderno, el tipo de sucesos que denominamos “hitos”. Esto significa que las realidades culturales-ideológicas de ese sistema mundial han cambiado definitivamente a raíz de dicho acontecimiento, en sí mismo cristalización de ciertas corrientes estructurales preexistentes en el funcionamiento del sistema.

pero relevante (Europa del Este). El denominado “acuerdo de Yalta” permitió que ambos países presentaran su relación mutua como una confrontación ideológica ilimitada, con la condición fundamental de que no se produjeran cambios en la línea divisoria Este-Oeste y que no se emprendieran confrontaciones militares reales, especialmente en Europa.

En tercer lugar, Estados Unidos trató de llevar a cabo una descolonización gradual de Asia y África, que en lo posible no provocara un gran derramamiento de sangre, bajo el supuesto de que un presunto liderazgo moderado permitiría cumplir con tales objetivos. Hubo que agilizar el proceso tras la victoria del Partido Comunista en China, una victoria que, cabe recordar, se obtuvo a pesar de los consejos de la URSS. La moderación se definió como la ausencia de vínculos ideológicos significativos de este liderazgo con la URSS y el comunismo mundial y, todavía más, como la buena disposición de los estados descolonizados para participar en el conjunto de acuerdos económicos internacionales que existían. Este proceso de descolonización bajo el control de los moderados fue secundado por el uso ocasional y sensato de una fuerza militar estadounidense limitada.

En cuarto lugar, el liderazgo estadounidense perseguía crear un frente unitario en el propio país minimizando el conflicto de clases interno, por un lado a través de concesiones económicas a la clase obrera especializada y sindicada, y por el otro alistar a la clase obrera estadounidense en la cruzada anticomunista. También trataba de sofocar el potencial conflicto racial mediante la eliminación de la discriminación flagrante en el terreno político (fin de la segregación en las fuerzas armadas, invalidación constitucional de la segregación en todos los ámbitos, Ley de Derechos Civiles). Estados Unidos alentó a sus principales aliados para que trabajaran de forma análoga a fin de obtener la máxima unidad interna.

Todas estas iniciativas políticas que Estados Unidos em-

prendió resultaron en un sistema de control hegemónico que funcionó sin demasiados contratiempos en la década de los 1950s. Hizo posible la expansión continua de la economía global, con beneficios salariales significativos para los estratos “medios” de todo el mundo. Asimismo, hizo posible la construcción de la red de agencias internacionales de Naciones Unidas, que en aquella época reflejaba la voluntad política de Estados Unidos y garantizaba un escenario político mundial comparativamente estable. Contribuyó también a “descolonizar” amplias zonas de lo que dio en llamarse “el Tercer Mundo” con una rapidez sorprendente. Y garantizó que en occidente, en líneas generales, la década de los 1950s fuese un período de relativa calma política.

Sin embargo, para 1960 este modelo de “hegemonía” positiva había empezado a desgastarse, en parte a causa de sus propios éxitos. La reconstrucción económica de los aliados fuertes de Estados Unidos fue tan sensacional que éstos comenzaron a reivindicar cierta autonomía económica (y en cierto sentido, incluso política). Ese fue uno, aunque no el único, de los sentidos del gaullismo, por ejemplo. La muerte de Stalin marcó el fin de un bloque soviético “monolítico”. Le siguió, como bien sabemos, un proceso (todavía en curso) de desestalinización y desatletización, cuyos dos momentos cruciales estuvieron marcados por el informe de Kruschov ante el XX Congreso del Partido en 1956 y la ruptura sino-soviética de 1960. La ausencia de conflictos en la descolonización del Tercer Mundo se vio turbada por dos largas y costosas guerras anticoloniales en Argelia y Vietnam (a las cuales debería añadirse la larga lucha cubana). Finalmente, las “concesiones” políticas de los años cincuenta a “grupos minoritarios” estadounidenses (y de cualquier otro lugar de Occidente) acentuó expectativas que en realidad no se cumplían, ni en el terreno político ni en el económico, y por consiguiente en la práctica estimularon nuevas movilizaciones políticas en lugar de restringirlas.

La década de los 1960s comenzó con el tandem entre Kennedy y Kruschov, que se comprometieron a hacer las cosas mejor. Entre ambos lograron levantar las pesadas cortapisas ideológicas que con tan buenos resultados habían contenido al mundo en la década de los 1950s, sin por ello dar lugar a ninguna reforma fundamental del sistema existente. Cuando fueron eliminados del poder y reemplazados por el tandem Johnson-Breshnev, las esperanzas de los primeros años sesenta se desvanecieron. Sin embargo, las renovadas presiones ideológicas que las potencias trataban de volver a aplicar, ahora debían hacer frente a una opinión pública mundial más desengañada. Éste fue el polvorín previo a la revolución que la oposición a la hegemonía estadounidense, en todas sus múltiples expresiones, haría estallar en 1968: en Estados Unidos, en Francia, en Checoslovaquia, en México, y en todas partes.

*Tesis 3: La protesta secundaria, pero en última instancia más vehemente, de 1968, iba dirigida contra los movimientos antisistémicos de la “vieja izquierda”*

El siglo XIX presenció el nacimiento de dos variantes fundamentales de los movimientos antisistémicos: los movimientos sociales y los nacionales. Los primeros denunciaban la opresión del proletariado por parte de la burguesía. Los segundos denunciaban la opresión de personas con menos posibilidades (y “minorías”) por parte de los grupos dominantes. Ambos tipos de movimientos perseguían alcanzar, en cierto sentido amplio, la “igualdad”. De hecho, ambos empleaban los tres términos del eslogan de la Revolución Francesa, “libertad, igualdad y fraternidad”, como si fueran prácticamente sinónimos.

Ambos tipos de movimientos adoptaron forma organizativa en un país tras otro, casi en todo el mundo, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX. Ambos tipos de movimientos venían a poner de relieve la obtención

de poder del Estado como el logro intermedio indispensable en el camino hacia sus objetivos finales. El movimiento social, sin embargo, sufrió en todo el mundo una importante división a comienzos del siglo XX, causada por el rumbo que debía tomar ese camino hacia el poder del Estado (estrategias parlamentarias en oposición a estrategias insurrectas).

En 1945 ya se habían consolidado tres redes bien definidas y diferenciadas de dichos movimientos en la escena mundial: los partidos comunistas de la Tercera Internacional, los partidos socialdemócratas de la Segunda Internacional y los diversos movimientos nacionalistas (o de liberación nacional). Los años comprendidos entre 1945 y 1968 constituyeron un período de logros políticos notables por parte de esas tres redes de movimientos. Los partidos de la Tercera Internacional llegaron al poder, por unos u otros medios, en una serie de países más o menos contiguos a la URSS (los de Europa del Este, China y Corea del Norte). Los partidos de la Segunda Internacional (empleo el término en un sentido amplio, incluyendo en esta categoría al Partido Democrático de Estados Unidos tal como Roosevelt lo reformó) alcanzaron el poder (o cuando menos adquirieron *droit de cité*, esto es, el derecho de *alternance*) en el mundo occidental (Europa occidental, Norteamérica, Australasia). Los movimientos nacionalistas o de liberación nacional llegaron al poder en la mayor parte de las zonas antigüamente colonizadas de Asia, Oriente Medio, África, el Caribe y, con configuraciones algo distintas, en Latinoamérica, independiente desde hacía mucho.

El aspecto relevante para el análisis de la revolución de 1968 fue que los nuevos movimientos que emergieron entonces estuvieron liderados en buena medida por gente joven que había crecido en un mundo donde los movimientos antisistémicos tradicionales de sus países no se encontraban en una fase temprana de movilización, sino que habían alcanzado ya su objetivo intermedio de poder estatal. Por tanto, estos “vie-

jos” movimientos podían juzgarse no sólo por sus promesas, sino también por sus prácticas una vez que alcanzaban el poder. Así fueron juzgados y, en un grado notable, se los consideró deficientes.

Se los consideró deficientes en dos terrenos fundamentales.

En primer lugar, en cuanto a su eficacia para combatir el sistema capitalista mundial existente y su encarnación institucional en vigor: la hegemonía estadounidense. En segundo lugar, en cuanto a la calidad de vida que habían creado en las estructuras estatales “intermedias” que supuestamente controlaban. Por ello, en palabras de un famoso aforismo sesentayochista, ya no se los podía considerar “parte de la solución”. Antes bien, se habían convertido en “parte del problema”.

La furia del SDS estadounidense contra los «liberales», de los *soixante-huitards* contra el PCF (por no hablar de los socialistas), del SDS alemán contra el SPD, era tanto más encendida por la sensación de traición fundamental que encerraba. Ésta era la verdadera implicación de otro aforismo de 1968: «Nunca confies en nadie con más de treinta años». No se trataba tanto de un asunto generacional entre individuos como entre las organizaciones antisistémicas. No me parece casual que el mayor estallido dentro del bloque soviético se produjera en Checoslovaquia, un país que contaba con una tradición particularmente extendida y poderosa nacida de la Tercera Internacional. Los líderes de la Primavera de Praga libraron su batalla en nombre del “comunismo humanista”, esto es, contra la traición que representaba el estalinismo. Tampoco me parece un mero accidente que el mayor estallido en el Tercer Mundo tuviera lugar en México, el país que gozaba del movimiento de liberación nacional más antiguo en el poder de forma continua, o que ocurriera re vueltas particularmente importantes en Dakar y Calcuta, dos ciudades con tradiciones nacionalistas muy antiguas.

No fue solamente que la revolución de 1968 se dirigiera, aun de manera secundaria, contra las “viejas izquierdas” de

todo el mundo, sino que esas “viejas izquierdas” respondieron, como bien sabemos, con la misma moneda. Las “viejas izquierdas” en un primer momento se asombraron de verse atacadas por la propia izquierda («¿Quiénes, nosotras, que tenemos unas credenciales impecables?»), y a continuación montaron en cólera por el aventurismo que a sus ojos representaban las “nuevas izquierdas”. En tanto que las “viejas izquierdas” reaccionaron con creciente impaciencia y hostilidad ante el “anarquismo” en propagación de las “nuevas izquierdas”, éstas empezaron a poner más y más énfasis en la centralidad ideológica de su lucha con las “viejas izquierdas”. Esto adoptó la forma de “maoísmos” variopintos que proliferaron a comienzos de la década de los 1970s por todos los rincones del mundo, incluyendo, por supuesto, la propia China.

*Tesis 4: La contracultura fue parte de la euforia revolucionaria, pero no fue políticamente capital para 1968*

Lo que acabamos denominando “contracultura” en los últimos años de la década de los 1960s fue un componente muy visible de los diversos movimientos que participaron en la revolución de 1968. Por lo general, con el término contracultura designábamos aquella conducta poco convencional, no burguesa y dionisíaca en la vida cotidiana (sexualidad, drogas, vestimenta) así como en la cultura y las artes. Esa conducta sufrió una enorme expansión directamente relacionada con el activismo dentro del “movimiento”. El festival de Woodstock en Estados Unidos representó una especie de punto álgido de dicha contracultura relacionada con el movimiento. La relajación de las costumbres sexuales puritanas había seguido una evolución lineal constante a lo largo del siglo XX en todo el mundo. Es más, previamente las “revoluciones” habían brindado la ocasión de afirmación contracultural. En este caso, sin embargo, deberían observarse dos modelos de revoluciones previas. En

aquellas revoluciones planificadas y organizadas que habían implicado una larga resistencia militar, el puritanismo revolucionario por lo general devino un elemento importante de disciplina (como en el caso del Partido Comunista chino). En cambio, donde las circunstancias revolucionarias incluían una gran dosis de actividad espontánea (como sucedió en la Revolución Rusa de 1917 o en el triunfo de Castro en Cuba), la espontaneidad implicó una ruptura de las represiones sociales y por ello se asoció, cuando menos en un principio, con la contracultura (por ejemplo, el "amor libre" en la Rusia posterior a 1917). La revolución de 1968 contó, por supuesto, con un componente particularmente marcado de espontaneidad no planificada y, por consiguiente, tal como sostiene la tesis, la cultura pasó a formar parte de la euforia revolucionaria.

No obstante, como todos aprendimos en los setenta, resulta sumamente fácil disociar la contracultura de la actividad política (revolucionaria). De hecho, es fácil convertir las tendencias contraculturales en estilos de vida muy provechosos orientados al consumo (véase la transición de los yippies a los *yuppies*). Por lo tanto, mientras la contracultura de la nueva izquierda constituía un elemento relevante para la mayor parte de sus componentes –al igual que para sus enemigos–, en el análisis final no pasó de ser más que un elemento secundario de todo el conjunto. Tal vez una de las consecuencias de 1968 consista en una propagación aún mayor de los estilos de vida dienisiacos. Sin embargo, no es ése uno de sus legados. Ahora debemos centrarnos en sus legados políticos.

### **Legados**

Los legados de acontecimientos decisivos siempre son fenómenos complejos. Por una parte, son invariablemente ambiguos. Por otra, siempre se convierten en objeto de disputa en-

tre los diversos herederos que reivindican el legado, esto es, la legitimidad de una tradición. Tengan a bien advertir que ya existe una tradición de 1968. Las tradiciones se crean con enorme rapidez, y la "tradición" de la revolución de 1968 ya se había puesto en marcha para los primeros años setenta. Por si fuera poco, en 1988 tienen lugar muchas conmemoraciones, se publican muchos libros y se detectan muchos otros intentos de recuperación. Esto no debería ni sorprendernos ni consternarnos. Los acontecimientos históricos mundiales gozan de vida propia y se resisten a cualquier intento de conquista fácil. 1968 no es un fenómeno distinto. Una vez prevenidos contra mí mismo, expondré sin embargo ante ustedes los que para mí son los dos principales legados de 1968.

*Tesis 5: Los movimientos revolucionarios que representan a la "minoría" o a los estratos desfavorecidos ya no necesitan ocupar –ni lo hacen– un segundo plano respecto a los movimientos revolucionarios que representan a supuestos grupos "mayoritarios"*

1968 se convirtió en el sepulcro ideológico del presunto "protagonismo" del proletariado industrial. Ese papel protagonista se había cuestionado desde mucho antes, pero nunca de forma tan masiva ni con tanta eficacia. Porque en 1968 se cuestionó sobre la base de que el proletariado industrial era, y siempre lo sería, sólo un componente más de los que constituyen la clase trabajadora en el mundo.

La actitud histórica de los dos tipos de movimiento de la "vieja izquierda" (la socialista y la nacionalista) partía del hecho de que representaban los intereses de los oprimidos "primarios", se trataba de la "clase obrera" de un país o de la "nación" cuya expresión nacional no quedaba satisfecha. Estos movimientos adoptaron el punto de vista de que las quejas de "otros" grupos que creían recibir un trato desigual –las naciononalidades insatis-

fechas para los movimientos socialistas, la clase obrera para los movimientos nacionalistas, las mujeres para ambos tipos de movimiento, y cualquier otro colectivo que pudiera reivindicar opresión social o política- eran como mucho secundarias Y, como poco, servían para desviar la atención. Los grupos de la "vieja izquierda" tenían tendencia a argumentar que el hecho mismo de lograr poder del Estado tenía que ser el principal objetivo y el logro previo, después del cual (afirmaban) las operaciones secundarias desaparecerían por sí mismas o cuando nosotros podríamos resolverse por medio de la acción política adecuada en la era "post-revolucionaria".

Huelga decir que no todo el mundo estuvo de acuerdo con ese razonamiento. Y los movimientos socialistas y nacionales del mundo a menudo discutían encarnizadamente entre sí precisamente por este asunto de la prioridad de la lucha. Sin embargo, ninguno de los movimientos de "vieja izquierda" cedió nunca terreno teórico en este asunto de las prioridades estratégicas en la lucha por la igualdad, a pesar de que muchos movimientos individuales realizaron concesiones tácticas y provisionales en este tipo de asuntos a cambio de crear o reforzar alianzas políticas concretas.

En tanto que los movimientos de "vieja izquierda" se encontraban en sus fases prerevolucionarias, de movilización, la discusión acerca de lo que ocurriría o dejaría de ocurrir después del logro de poder estatal permanecía en el terreno de la hipótesis. Sin embargo, una vez alcanzaron el poder del Estado, las consecuencias prácticas podían medirse sobre la base de cierta evidencia. Para 1968 ya se habían elaborado muchos de aquellos cálculos, y los opositores de las "otras" múltiples desigualdades podían afirmar, con cierta verosimilitud, que el logro de poder por parte de grupos de "vieja izquierda" de hecho no había puesto fin a esas "otras" desigualdades, o por lo menos no había cambiado lo suficiente las múltiples jerarquías grupales que habían existido previamente.

Al mismo tiempo, un siglo de lucha había empezado a dejar claras dos realidades sociológicas que adquirieron gran relevancia en este debate. La primera era que, contrariamente a la teorización previa, la tendencia del desarrollo capitalista no era transformar casi todos los estratos trabajadores del mundo en obreros varones urbanos, adultos y asalariados, el tipo ideal de "proletario" como tradicionalmente se concebía. La realidad del capitalismo poseía una complejidad profesional mucho mayor. El "proletario" ideal había representado a una minoría de los estratos trabajadores del mundo en 1850, por descontado, pero se pensó que se trataba meramente de un fenómeno de transición. Esos proletarios ideales, no obstante, seguían siendo una minoría en 1950, y entonces quedaba claro que este perfil profesional particular probablemente seguiría siendo minoritario en 2050. Por consiguiente, organizar un movimiento en torno a este grupo suponía dar prioridad -prioridad permanente e ilegítima- a las reivindicaciones de una clase por encima de otras clases de los estratos obreros del mundo.

De manera análoga, había quedado claro que las «nacionalidades» no existían bajo una forma que pudiera trazarse objetivamente. Las nacionalidades eran más el producto de un proceso complejo de creación social en curso que combinaba la toma de conciencia (propia y de otros) y la calificación socio-jurídica. Se desprendía de ello que dentro de cada nación podía haber y habría subnaciones, en lo que amenazaba con convertirse en una cascada interminable. Se desprendía que cada transformación de alguna "minoría" en "mayoría" daba lugar a nuevas "minorías". No podía ponerse fin a este proceso y, por tanto, no podía haber ninguna resolución "automática" del asunto por medio de la obtención de poder del Estado.

Si el "proletariado" y las "naciones oprimidas" no estuviesen destinadas a transformarse y convertirse en mayorías indiscutibles, sino que permanecieran para siempre como un tipo de "minoría" junto con otros tipos de "minorías", su reclamación

de prioridad estratégica en la lucha antisistémica quedaría de ese modo gravemente debilitada. 1968 consiguió precisamente este debilitamiento. O quizás sea más preciso decir que la revolución de 1968 hizo cristalizar el reconocimiento de esas realidades en la acción política mundial de los movimientos antisistémicos.

Después de 1968, ninguno de los “otros” grupos implicados en la lucha –ni las mujeres, ni las “minorías” raciales o sexuales, ni los discapacitados, ni los “ecologistas” (en definitiva, quienes rechazaban ciegamente la aceptación de los imperativos de una mayor producción global)– podrían jamás volver a aceptar la legitimidad de “esperar” a que se produjera alguna otra revolución. Y a partir de 1968, los propios movimientos de la “vieja izquierda” se han mostrado cada vez más incómodos ante la perspectiva de realizar, de hecho cada vez han dudado más acerca de continuar realizándolas, tales demandas por el “aplazamiento” de las reclamaciones hasta una presunta época post-revolucionaria. No resulta difícil comprender este cambio de atmósfera. Un sencillo análisis cuantitativo de los contenidos de la prensa de izquierdas mundial que compare, por ejemplo, 1985 y 1955 indicaría un espectacular aumento del espacio concedido a estos “otros” asuntos que en otro momento se consideraron “secundarios”.

Por descontado, la cosa no acaba ahí. El propio lenguaje de nuestros análisis ha cambiado, se ha modificado de forma consciente y explícita. Nos preocupamos por el racismo y el sexismio en ámbitos que anteriormente se consideraban “inofensivos” (denominaciones, humor, etc.). Y la estructura de nuestra vida organizativa también ha cambiado. Mientras que antes de 1968 por lo general se consideraba un desiderátum unificar todos los movimientos antisistémicos existentes en un solo movimiento, cuando menos en un único movimiento por país, esta forma de unidad no sigue siendo un desiderátum inquestionable. Una multiplicidad de organizaciones, cada una

de las cuales representa a un grupo diferente o a una tonalidad distinta, vinculadas de forma flexible en algún tipo de alianza, se considera hoy en día, al menos por parte de muchos, como un bien en sí mismo. Lo que era un *pis aller* se proclama ahora como una “coalición arco iris” (un término acuñado en Estados Unidos y que se ha extendido).

El triunfo de la revolución de 1968 ha consistido en un triple triunfo en términos de racismo, sexismio y lacras análogas. Un primer resultado es que las situaciones legales (políticas de Estado) han cambiado. Un segundo resultado es que las situaciones en el seno de los movimientos antisistémicos han cambiado. Un tercer resultado es que han cambiado las mentalidades. No hay necesidad de verlo todo de color de rosa para llegar a esta conclusión. Puede que los grupos entonces oprimidos continúen quejándose, con gran legitimidad, de que los cambios que se han producido hasta ahora son inadecuados, de que las realidades del sexismio y el racismo y otras formas de desigualdad discriminatoria todavía siguen muy vigentes. Además, sin duda alguna es cierto que se ha producido un “contragolpe” en todos los ámbitos respecto a todas estas cuestiones. Sin embargo, carece de sentido no reconocer que la revolución de 1968 marcó, respecto a todas esas desigualdades, un giro decisivo en la historia.

Incluso si los Estados (o cuando menos algunos de ellos) sufren una regresión radical, los movimientos antisistémicos nunca podrán hacer lo mismo (o, caso de que la sufran, con ello perderán completamente su legitimidad). Esto no significa que el debate sobre las prioridades en el seno de los movimientos antisistémicos se haya extinguido. Significa que el debate se ha convertido en una discusión sobre la estrategia fundamental, y que los movimientos de la “vieja izquierda” (o proclives) ya no se niegan a participar en un debate de esas características.

*Tesis 6: El debate sobre la estrategia fundamental de transformación social se ha reabierto en el seno de los movimientos antisistémicos y será el debate político clave de los próximos veinte años*

Existen hoy, en un sentido amplio, seis variedades de movimientos antisistémicos. *a)* En los países occidentales hay movimientos de "vieja izquierda" en forma de sindicatos y segmentos de los partidos de izquierda tradicionales, o sea, partidos laboristas y socialdemócratas, a los que tal vez podrían añadirse los partidos comunistas, aunque, con la excepción de Italia, se encuentran debilitados y cada vez lo estarán más. *b)* En esos mismos países occidentales existe un amplio abanico de movimientos sociales nuevos (de mujeres, "minorías", verdes, etc.). *c)* En el bloque socialista se hallan los partidos comunistas tradicionales que ostentan el poder, entre los cuales nunca se ha extinguido una veta del persistente virus antisistémico que, de vez en cuando, da lugar a actividad renovada (y "enfebrecida"). El fenómeno Gorbachov, en la medida que apela al "leninismo" en contra del "estalinismo", puede tomarse como prueba de ello. *d)* En este mismo bloque socialista está emergiendo una red de organizaciones externas al partido, bastante dispares en su naturaleza, las cuales parecen llevar cada vez más las trazas de los movimientos sociales occidentales. Los distingue, no obstante, el énfasis en los derechos humanos y la anti burocracia. *e)* En el Tercer Mundo hay segmentos de esos movimientos de liberación nacional tradicionales que todavía ostentan el poder (como, por ejemplo, en Argelia, Nicaragua y Mozambique), o herederos de tales movimientos que ya no ocupan el poder (aunque "herencias" como el nasserismo del mundo árabe tienden a desparecer). Por supuesto, en países que han padecido revoluciones frustradas (como Sudáfrica o El Salvador), los movimientos, que todavía se encuentran necesariamente en la fase de movilización de la lucha, poseen la fuerza y las características de sus predecesores.

soras en otros estados cuando éstas se hallaban en esa misma fase. *f)* Y por último, en estos mismos países del Tercer Mundo existen movimientos nuevos que rechazan algunos de los asuntos "universalistas" de movimientos previos (entendidos como asuntos "occidentales") y plantean formas de protesta "indigenistas", a menudo revestidas de carácter religioso.

Parece claro que esas seis variantes distan mucho de poder considerarse uniformemente antisistémicas. Sin embargo, todas ellas gozan de cierta herencia relevante, cierta resonancia antisistémica que les confiere un carácter de continuidad, y gozan asimismo de cierto potencial antisistémico renovado. Además, debe quedar claro, las seis variantes de movimientos no están limitadas sólo geográficamente a las diversas zonas que he indicado. Uno puede encontrar cierto difuminación entre las zonas, pero por el momento la segregación geográfica de variantes es válida en un sentido amplio.

Existen, a mi entender, tres observaciones principales respecto a la relación que estas seis variantes de movimientos antisistémicos (potencial, parcial e históricamente) guardan entre sí. En primer lugar, en la época de la revolución de 1968, las seis variantes tendían a tratarse en términos bastante hostiles. Esto se evidenciaba especialmente en la relación de la variante "antigua" y la "nueva" de cada zona, como ya hemos comentado, pero por lo general también ocurría en un sentido más amplio. Esto es, cualquiera de las seis variantes tenía a mostrarse crítica, incluso hostil, con las cinco variantes restantes. Esta hostilidad mutua, inicial y multidireccional ha tendido a disminuir en gran medida en las dos décadas posteriores. En la actualidad, uno puede hablar de seis variantes de movimientos que muestran entre sí una tolerancia dubitativa (y todavía suspicaz) que dista mucho de permitir que se sellen alianzas políticas, por descontado.

En segundo lugar, las seis variantes de movimientos han empezado a discutir tímidamente acerca de la estrategia de transformación social. Un asunto fundamental estriba en la conve-

nencia de obtener poder del Estado, el asunto que en esencia ha dividido a las tres variantes "antiguas" de las tres "nuevas". Otro aspecto, derivado del anterior, concierne a la estructura de la vida organizativa. Éstos son, a buen seguro, asuntos que se habían debatido ampliamente en el período de 1850-1880, y en aquella época quedaron más o menos resueltos. Ahora se han abierto y se habla de nuevo de ellos, aunque en la actualidad a la luz de la experimentación "real" de poder del Estado.

En tercer lugar, siempre y cuando este debate acerca de la estrategia global se resuelva, incluso en el caso de que la resolución adopte la forma de fusión de las seis variantes de movimientos en una sola gran familia mundial, no implica necesariamente que exista una estrategia antisistémica unificada. Hace mucho tiempo —y todavía se hará más evidente en el futuro— que estos movimientos reciben una enorme influencia de individuos, grupos y estratos cuyo principal deseo no es alcanzar un mundo democrático e igualitario, sino mantener un mundo donde impere la desigualdad y la ausencia de democracia, aunque se trate de un lugar de estructura necesariamente diferente a la existente economía capitalista mundial (en la actualidad inmersa en su larga crisis estructural). Se quiere decir con esto que cuando la discusión entre los movimientos en última instancia toque a su fin es muy probable que asistamos a una lucha en el seno de una única familia de movimientos, posiblemente entre los defensores de un mundo igualitario y democrático y sus detractores.

### **Lecciones**

¿Qué lecciones extraemos de la revolución de 1968 y el período subsiguiente? ¿Qué lecciones debemos sacar, en efecto, de más de un siglo de actividad antisistémica mundial y organizada? En este sentido, creo que el formato de las tesis no es acep-

table. Prefiero exponer los puntos en forma de preguntas. Éstas son preguntas, permítanme advertir, que no pueden hallar sus respuestas en meros coloquios o en la privacidad de la discusión intelectual. Son cuestiones que sólo pueden hallar una verdadera respuesta en la praxis de los movimientos múltiples. No obstante, entre sus componentes esta praxis incluye los análisis y debates en público y en privado, en especial aquellos que se llevan a cabo en un contexto de compromiso político.

*Pregunta 1: ¿Es posible alcanzar un grado significativo de cambio político sin adquirir poder del Estado?*

Supongo que la respuesta a esta cuestión depende en primer lugar de lo que entendamos por "significativo". Sin embargo, no por ello la pregunta es menos pertinente. Si los marxistas ganaron el debate político a los anarquistas en el siglo XIX, y los nacionalistas políticos ganaron su debate paralelo con los nacionalistas culturales, la explicación radicó en la fuerza de convicción de una de sus afirmaciones: quienes cuentan con los privilegios existentes nunca cederán a ellos de buen grado y utilizarán el control que ejercen sobre la violencia de Estado para evitar que se produzca un cambio significativo en su situación. De ello se desprendería que desbancar a los privilegiados del poder estatal era un requisito previo para alcanzar el cambio significativo.

Parece meridianamente claro que, incluso hoy en día, en ciertos países (Sudáfrica, por ejemplo) hay gobiernos representantes de minorías privilegiadas que se oponen firmemente a ceder sus privilegios. En esos países parece muy poco verosímil sugerir que pueda producirse cualquier cambio político significativo en ausencia de una actividad política vigorosa y, casi inevitablemente, violenta. Sudáfrica ofrece sin lugar a dudas el ejemplo por antonomasia de un Estado en el cual la mayoría de ciudadanos nunca ha gozado de *droit de cité* y, por consiguiente, nunca ha sentido el gobierno como "propio".

Sin embargo, hoy en día existe un gran número de países en los que la mayoría de la población considera, en cierto sentido, el gobierno como algo “propio”. Muchos regímenes “post-revolucionarios” suelen contar con ese sentimiento fundamental de apoyo popular. No cabe duda de que esto ocurre en el caso de la URSS, China y Argelia. Pero si podemos incluir el caso Argelia, ¿no podemos hacer lo mismo con la India? ¿Y acaso no es aplicable al caso de Suecia, donde cincuenta años de regímenes socialdemócratas han “integrado” a la clase trabajadora en la vida política? ¿Y qué hay de Francia o de Alemania? Uno podría elaborar una lista interminable. Cada caso nacional tiene su propia especificidad. Sin embargo, queda claro que en un sinfín de países hay un apoyo popular generalizado al Estado, en los que, por consiguiente, una lucha por la adquisición primordial de poder del Estado adquiere poca resonancia. Probablemente no sea de gran utilidad sugerir entonces que algunos de esos Estados son “post-revolucionarios”, dando a entender con ello que los otros son “prerrevolucionarios”. La mayoría están en el mismo barco en términos del grado de apoyo popular (así como de cinismo popular). Repitamos, esto no puede aplicarse a países como Sudáfrica, donde el asunto político fundamental sigue girando en torno al acceso al poder del Estado por parte de la mayoría. Pero ese tipo de Estados hoy en día son una minoría.

De hecho, ¿acaso no es el asunto fundamental en muchos países, y quizás muy especialmente en aquéllos conscientemente “post-revolucionarios”, que la “sociedad civil” se haga con el control por encima del Estado? ¿Acaso no es ése el meollo del debate político interno no sólo en los “países socialistas”, sino también en Latinoamérica, y en el sur de Europa, y en el suroeste asiático, y en el África negra? «Más democracia es más socialismo», afirma el señor Gorbachov. Pero, en tal caso, ¿qué función tiene el movimiento antissistémico en la URSS?

*Pregunta 2: ¿Existen formas de poder social que merezcan conquistar un poder distinto al meramente “político”?*

Obviamente, existen otras formas de poder social: económico, cultural (la “hegemonía” de Gramsci), el poder sobre el individuo (autonomía individual y “de grupo”). Y, obviamente, individuos, grupos y organizaciones que persiguen sin cesar esas clases de poder. Sin embargo, ¿cómo se articula el empeño por alcanzarlo con la actividad política de los movimientos antissistémicos? ¿En qué sentido contribuirá realmente a una transformación esencial del sistema mundial el logro de más poder económico, o más poder cultural, o más poder sobre el individuo?

Nos hallamos ante una cuestión que ha acosado a los movimientos antissistémicos desde sus orígenes. ¿La transformación fundamental surge de una suma de mejoras que con el tiempo provocan el cambio irreversible? ¿O, por el contrario, puede decirse que esos logros graduales en gran medida son un autoengaño que en realidad desmoviliza y por consiguiente hace perdurar las realidades de las injusticias existentes? Esto, claro está, vuelve a ser el debate “reformismo-revolución”, más amplio que la versión restringida de este debate simbolizada por la pugna entre Eduard Bernstein y Lenin.

Esto equivale a decir, ¿existe una estrategia significativa que pueda elaborarse y que incluya la búsqueda por diversos cauces de formas múltiples de poder? Porque esto es lo que se da a entender, cuando menos de manera implícita, con muchos de los argumentos de los nuevos movimientos sociales surgidos tras la estela de 1968.

*Pregunta 3: ¿Los movimientos antissistémicos deberían adoptar forma organizativa?*

La creación de organizaciones burocráticas como instrumento de transformación social constituye la gran invención socioló-

gica de la vida política del siglo XIX. Suscitó mucho debate la cuestión de si tales organizaciones debían tener como fundamento a la masa o a un cuadro, si debían ser legales o clandestinas, perseguir un solo objetivo o varios, exigir a sus miembros compromiso limitado o absoluto. Sin embargo, durante casi un siglo apenas se ha cuestionado que fueran indispensables organizaciones de algún tipo.

El hecho, demostrado hace mucho tiempo por Michels, de que estas organizaciones adquieran una vida propia que afecte bastante directamente a sus pretendidas *raisons d'être* no parece apagar mucho el entusiasmo para crear nuevas organizaciones. Incluso los movimientos espontáneos de 1968 acabaron reconvertidos en muchas organizaciones de este tipo. Esto, sin duda, tuvo consecuencias que incomodaron terriblemente a muchos de los pertenecientes a la generación postsesentayochista, como bien puede apreciarse en los debates encarnizados que mantienen *fundis* y *realos* en el movimiento de los verdes alemanes.

La tensión entre la eficacia política que representan las organizaciones y los peligros ideológicos y políticos que encarantan tal vez sea irresoluble. Posiblemente se trata de algo con lo que debamos vivir, lisa y llanamente. Me parece, no obstante, que esta cuestión debe abordarse de forma directa y debatirse en profundidad, no sea que acabemos dispersos inútilmente en dos facciones, la de los "sectarios" y la de los "marginados". La gran cantidad en todo el mundo, de "ex activistas" y ahora también de "no afiliados", que de algún modo desean volver a ser activos políticamente ha crecido, en mi opinión, de manera muy brusca tras la decepción posterior a 1968. No me parece que tal fenómeno deba interpretarse como la "despolitización" de los desilusionados, aunque haya parte de verdad en ello. Se trata más bien del temor a que la actividad de las organizaciones sólo sea eficaz en apariencia. Pero si así fuera, ¿qué puede reemplazarla, en caso de que algo pueda?

*Pregunta 4: ¿Existe algún fundamento político sobre el que los movimientos antisistémicos, del Oeste y el Este, del Norte (tanto de Occidente como de Oriente) y el Sur, puedan realmente aunar fuerzas?*

El hecho de que existan seis variantes de movimientos antisistémicos, con una variante "antigua" y una "nueva" en cada una de las tres zonas antes citadas, no me parece un accidente pasajero. Refleja, por el contrario, una profunda diferencia de realidades políticas en las tres zonas. ¿Existen acaso preocupaciones políticas unificadoras que pudieran dar lugar a una estrategia común de alcance mundial? ¿Hay alguna evidencia de que, aun cuando tal cosa no pueda aplicarse al período posterior a 1945, empiece a materializarse en la década de los 1980s, y sea una realidad plena en el siglo XXI?

En este punto hace falta algo más que devoción e ilusiones. Nunca hasta ahora se ha dado un grado relevante de solidaridad internacional (esto es, entre zonas). Y este hecho ha provocado mucho resentimiento. Tres cosas me parecen importantes. En primer lugar, los asuntos inmediatos y cotidianos que preocupan a las poblaciones de las tres zonas son hoy en día sorprendentemente distintos en muchos sentidos. Los movimientos existentes en estas tres zonas reflejan sus propias diferencias. En segundo lugar, buena parte de los objetivos a corto plazo de los movimientos de las tres zonas, caso de alcanzarse, tendrían el efecto de mejorar la situación de algunos habitantes de esa zona a costa de la de los de otra. En tercer lugar, no puede llevarse a cabo ninguna transformación de calado de la economía capitalista mundial sin que medie la cooperación de los movimientos antisistémicos entre distintas zonas.

Esta cooperación entre zonas debería ser tanto de carácter estratégico como táctico. Resultaría más sencillo establecer las bases de la cooperación táctica, aunque en cualquier caso no se trata de un asunto fácil. Sin embargo, ¿qué hay de la es-

tratégica? Es probable que la colaboración estratégica sólo pueda darse sobre la base de una profunda radicalización de los objetivos, porque el obstáculo fundamental para la colaboración estratégica radica en la enorme polarización socioeconómica del sistema mundial actual. Y aun así, ¿existe una base objetiva (y no sólo voluntaria) para tal radicalización?

*Pregunta 5: ¿Qué significa realmente el eslogan "libertad, igualdad y fraternidad"?*

El eslogan de la Revolución Francesa nos resulta muy familiar a todos. Parece hacer referencia a tres fenómenos diferentes, cada uno de ellos situado en tres ámbitos en los que acostumbramos a dividir nuestro análisis social: libertad en el terreno político, igualdad en el terreno económico y fraternidad en el terreno sociocultural. Y nos hemos acostumbrado asimismo a discutir su importancia relativa, en particular entre la libertad y la igualdad.

La antinomia entre libertad e igualdad me parece absurda. De veras que yo mismo no alcanzo a entender cómo puede uno ser "libre" si existe la desigualdad, puesto que quienes tienen más siempre disponen de opciones que no están al alcance de quienes tienen menos, y por consiguiente estos últimos son nosotros libres. De manera análoga, tampoco alcanzo a comprender cómo puede haber igualdad sin libertad, dado que en ausencia de libertad algunos gozan de mayor poder político que otros, y de ello se desprende que hay desigualdad. No trato de proponer un juego de palabras, sino un mero rechazo de la distinción. Libertad e igualdad forman un único concepto.

En tal caso, ¿puede la fraternidad "englobarse" también en ese concepto único de libertad-igualdad? No lo creo. Permítanme apuntar en primer lugar que la fraternidad, dada nuestra reciente toma de conciencia respecto el lenguaje sexista, debería ser un término prohibido. Tal vez podamos hablar de camara-

dería. Esto nos lleva, sin embargo, al meollo de los asuntos suscitos por el sexismo y el racismo. ¿Cuál es su opuesto? Durante mucho tiempo las izquierdas del mundo predicaron una forma u otra de universalismo, esto es, de "integración" total. El espíritu de la revolución de 1968 ha llevado a quienes padecieron más directamente el racismo y el sexismo de los méritos políticos, culturales y psicológicos a la reaffirmación que supone la construcción de estructuras organizativas y culturales propias, esto es, diferenciadas. Esto en ocasiones se conoce en todo el mundo como "proyecto civilizacional".

Es correcto afirmar que las tensiones entre el universalismo y el particularismo son el producto de la economía capitalista mundial y que son imposibles de resolver dentro de su marco. Sin embargo, eso no nos ofrece una pauta suficiente de cara a objetivos futuros o tácticas presentes. A mi parecer, los movimientos posteriores a 1968 han manejado este asunto por la vía fácil, en un vaivén fruto de sus propias prioridades. Esto deja el asunto intacto como una confusión y una molestia permanentes. Si debemos pensar en una estrategia de transformación transzonal, ésta deberá incluir una perspectiva meridianamente clara acerca de cómo reconciliar la tendencia a la homogeneidad (implícita en el concepto mismo de estrategia transzonal) y la tendencia a la heterogeneidad (implícita en el concepto de libertad-igualdad).

*Pregunta 6: ¿Existe una estrategia significativa para obtener mucho (o incluso bastante) sin caer en el productivismo?*

El empeño por conquistar la naturaleza y la insistencia moral saint-simoniana en el trabajo productivo han funcionado durante mucho tiempo como pilares ideológicos, no sólo de la economía capitalista mundial, sino también de sus movimientos antisistémicos. Sin duda ninguna, muchos se han preocupado por el crecimiento excesivo, por los residuos y por el

agotamiento de los recursos. No obstante, al igual que sucede con otros rechazos similares de los valores preponderantes, ¿hasta dónde podemos, o deberíamos, llevar las consecuencias de las críticas?

Nuevamente, resulta fácil decir que del sistema actual nace el dilema de puestos de trabajo frente a ecología, y que es inherente al mismo. Pero una vez más, esto dice bien poco acerca de los objetivos a largo plazo o las tácticas a corto plazo. Y de nuevo, éste es un asunto que ha dividido profundamente a los movimientos antisistémicos de cada una de las zonas, y más incluso a los de zonas distintas.

### **Nota de conclusión**

Una de las principales quejas implícitas a la Revolución de 1968 consistía en que el enorme esfuerzo social de los movimientos antisistémicos de la centuria anterior se había traducido en muy poco beneficio global. En efecto, afirmaban los revolucionarios, en relación con la transformación del mundo no hemos avanzado mucho más de lo que lo hicieran nuestros abuelos.

Se trataba de una crítica dura, sin duda saludable, pero también injusta. Las condiciones de la revolución del sistema mundial de 1968 eran distintas por completo a las que se dieron cita en la revolución del sistema mundial de 1848. De 1848 a 1968 resulta difícil apreciar, retrospectivamente, cómo podrían haber actuado los movimientos antisistémicos de un modo distinto al que lo hicieron. Probablemente, adoptaron la única estrategia de que disponían desde un punto de vista realista, y sus fracasos pueden haberse inscrito en las limitaciones estructurales dentro de las que necesariamente operaban. Sus esfuerzos y su dedicación fueron prodigiosos. Y los peligros que salvaron, las reformas que impulsaron, a buen seguro

compensaron las fechorías que cometieron y el grado en el que su estrategia de lucha reforzó el propio sistema contra el cual luchaban.

Sin embargo, lo importante es no erigirse en juez de los movimientos antisistémicos mundiales a posteriori. La verdadera importancia de la revolución de 1968 radica menos en su crítica del pasado que en las cuestiones que planteó sobre el futuro. Aun cuando la estrategia de los movimientos de la "vieja izquierda" había sido la mejor de acuerdo con su época, la cuestión siguió estribando en si se trataba de una estrategia útil a partir de 1968. En este sentido, los nuevos movimientos dieron un ejemplo mucho más contundente.

Los nuevos movimientos, no obstante, no han ofrecido una estrategia alternativa del todo coherente. Una estrategia alternativa coherente aún está por hacer. Posiblemente llevará diez o veinte años más lograrlo. Sin embargo, ello no es motivo para el desaliento; más bien ofrece una oportunidad para trabajar duro colectivamente en el ámbito político e intelectual.